



Universidad Austral de Chile

Conocimiento y Naturaleza

Mario Ferrero

Escritores a Trasluz

Ediciones  UACH

Colección Biblioteca Luis Oyarzún

Perfil del autor por

María Lefebre

Esta segunda edición en 500 ejemplares de

ESCRITORES A TRASLUZ

de Mario Ferrero

se terminó de imprimir en septiembre de 2016
en los talleres de Andros Impresores.

 (2) 25 556 282, www.androsimpresores.cl
para Ediciones Universidad Austral de Chile.

 (56-63) 2 444338
www.edicionesuach.cl
Valdivia, Chile.

Proyectó la reedición

Yanko González Cangas.

Cuidado de la edición,

César Altermatt Venegas.

Maquetación,

Silvia Valdés Fuentes.

Transcripción,

Rosemery-Ann Boegeholz Castillo.

Fotografía de Portada:

Colección Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional de Chile.

Estilización gráfica.

Todos los derechos reservados.

Se autoriza su reproducción parcial para fines periodísticos,
debiendo mencionarse la fuente editorial.

© Universidad Austral de Chile, 2016.

© Herederos de Mario Ferrero.

© Del apéndice: herederos de María Lefebre.

RPI 39.445

ISBN 978-956-9412-52-3

PRIMERA EDICIÓN:

1971.



EDITORIAL UNIVERSITARIA

*Olvida tus recuerdos,
recuerda tus olvidos.*

Vicente Huidobro

CONTENIDO

Gabriela Mistral en la bruma	11
Garrido Merino, anecdotario en marcha	15
Vicente Huidobro, ciudadano del mundo	23
Pedro Sienna, historia viva del cine chileno	31
Cara y sello de Pablo de Rokha	39
María Lefebre, la maravilla de los cuentos de hadas	47
Ricardo Latcham, copa de burbujas	55
De París a Varsovia con Pablo Neruda	61
Andrés Sabella, habitante de los astros	67
Teófilo Cid, nocturno irremediable	75
Nicomedes Guzmán, novelista de los pobres	81
Antirretrato de Nicanor Parra	89
Edesio Alvarado, brujo volador	97
Apéndice: Perfil de Mario Ferrero por María Lefebre	103

Gabriela Mistral en la bruma

✧ Su contacto epistolar con el Zócalo de las Brujas ✧ El recuerdo de unas fotografías amarillas ✧ Su último viaje a Chile, en la imagen de la multitud ✧ La defensa de obreros y campesinos ✧ Su retorno final y los decoradores de la muerte.

Cuando llegaba carta de Gabriela, había fiesta en el Zócalo de las Brujas. Y no solo por la jerarquía intelectual de su palabra, por el ámbito de irradiación de su mensaje estético y social, sino, además, porque sus sabias misivas venían siempre acompañadas de un pequeño estímulo en dólares, a manera de saludo y colaboración a nuestra impetuosa acción cultural. La primera de estas cartas fue enviada desde Rapallo, en respuesta a la remisión del número inicial de nuestra revista «Lagarto». Gabriela nos acusó recibo en un extenso comentario privado, escrito de su puño y letra, en el que trazaba una síntesis crítica de la publicación, por cierto muy atinada, y nos daba consejos tendientes a limar nuestra agresividad respecto a los escritores de su generación. Recuerdo que, entre otras ideas, nos invitaba a meditar acerca del fenómeno de la creación y su drama íntimo, pidiéndonos una mayor comprensión para aquellos venerables críticos y poetas que, según sus palabras textuales, no habían alcanzado a cruzar la barrera del sonido. Nadie sabía a ciencia cierta cuál era esa barrera, ni Gabriela lo dijo jamás, pero los brujos recibimos sus palabras como una admonición apocalíptica venida desde el más allá, con la consecuente revisión auto-crítica operada en el seno de la brujería.

La batahola de la discusión esteticista vino a terminar intempestivamente cuando alguien descubrió, en el fondo del

sobre, el misterioso dobladillo que contenía dos dólares y que Gabriela nos remitía a modo de Suscripción. En el acto y sin acuerdo previo, el *imbunche* mayor tocó la campanilla, dio por terminada la sesión y todos nos fuimos al Restaurante «El Murciélago» a saborear unos sabrosos causeos; regados con vino de Linares. La escena se repitió en varias ocasiones, aun cuando la revista había dejado de aparecer y algunos de los brujos andaban dispersos por el mundo del amor o la fantasía poética. En cada oportunidad se reanudó el singular homenaje bullanguero, con la sola diferencia que ahora hacíamos primero la fiesta y después leíamos la carta, como si se tratase de un tácito protocolo destinado a perdurar.

Este fue nuestro primer contacto vital con la extraordinaria poetisa, el conocimiento inaugural de su simpatía, la que iba unida, en nuestro recuerdo, a esas fotografías amarillas que la presentaban de moño y traje largo, apoyada en la rosa de los vientos, como esos personajes predestinados a la inmortalidad. Pero la rosa fresca de terciopelo se fue secando al paso de los días, comenzó a opacarse el fulgor de sus enormes ojos verdes, el cabello se hizo mustio y ceniciento, se fue combando el arco de la frente y solo quedó la voz, esa voz lenta y soñadora, bíblica y profunda como desenterrada de una edad remota.

Tan rápido fue el cambio, tan despiadados los estragos de la enfermedad, que cuando vino a Chile por última vez, invitada por el Presidente Ibáñez, apenas la conocimos. La actitud vocinglera, las palmas interminables de la multitud, el ondear de las banderitas escolares, la frenética exaltación de un pueblo inerme y cohibido, no alcanzaron a entibiar la hebra fina de sus huesos. Había dejado de pertenecerse. Se veía cansada, hermosamente triste, ajena de sí misma y del fervor multitudinario. En alguna medida, su figura era un anticipo de la emoción que le causara a Germán Arciniegas cuatro días antes de morir:

Gabriela, aquella mujer enorme, que parecía salida de las imágenes de la Biblia, casi hombruna, con esos trajes un poco toscos, estaba reducida a una brizna. No pesaba noventa libras. Se veía entre la cama como una pavesa. La frente mejor moldeada que nunca. Hundidas las sienes. Los párpados caídos como en aquel retrato en que la conocimos por la primera vez, solo que ahora el pelo de ceniza estaba regado sobre la almohada, en hilos de lino y seda gris.

Para cuantos la conocieron en pleno fulgor de juventud, la impresión fue penosa, desoladora. Parecía flotar en la bruma, como esa luz parpadeante de los puertos demasiado húmedos. La escuchamos silenciosos, deprimidos, en su conferencia de la Universidad. Aun así, angustiada por el gentío, confusa, debilitada por el cansancio de la jornada, tuvo el valor de defender a los oprimidos, de pedir humanidad, justicia, para los mineros y labradores. Recordó las estancias magallánicas de sus días de maestra y con tono socarrón, de campesina neta, preguntó por los avances de la reforma agraria en la más sutil de las protestas.

Al cabo de tres años, la extraña vagabunda regresó definitivamente. Vestida de arzobispo, envuelto el ataúd en la bandera patria, la cabellera inútil sobre un cojín de seda, hubo de soportar de nuevo el largo asedio de la multitud, congoja de los tiempos. Preparada su efigie para un terco viaje por los decoradores de la muerte, se resiste a la partida, continúa presente, voz y madre mayor del destino de América.

Garrido Merino, anecdotario en marcha

✧ Mil historias de un conversador impenitente ✧ Tres hablantes en viaje a Valparaíso ✧ El brazo izquierdo de Valle-Inclán ✧ El bohemio de la calle de «El Gato» ✧ Los banquetes de Santiago Rusiñol ✧ Recuerdos de la generación del 98.

— «*L*e presento a mi tía», dice don Edgardo, cuando sale de andanzas con su buenamoza sobrina, madre de varios hijos. La gente se desconcierta, observa con curiosidad a este venerable señor de cabeza blanca y espíritu jovial, que camina con extrema dificultad y cuya inventiva vuela por los aires como un vilano sutilísimo que se hubiese dado a la tarea de construir juegos de palabras, ingeniosos equívocos, alusiones ocultas del idioma, evocaciones siempre finas que conforman su asombroso anecdotario. «Es el hombre más joven de Chile», expresó en una reunión literaria un escritor brasileño, encandilado por la lucidez de sus ideas, de su novedoso mundo espiritual. Porque Garrido Merino, con sus 77 años auestas, enfermo de las piernas, poco menos que inválido, va y viene por la ciudad como Pedro por su casa. Frecuenta las tertulias como «orador de fondo», asiste a las exposiciones de pintura, no se pierde cóctel ni comida de homenaje, visita las embajadas y hasta suele ir al cine cuando estrenan comedias sicodélicas.

Lo conocí a los pocos días de su regreso a Chile, luego de treinta años de ausencia por sus funciones diplomáticas. Fue cónsul en Vigo, Barcelona y Málaga, primer secretario de nuestra Embajada, en España, cónsul en Madrid, cónsul en Nueva York y agregado cultural en Buenos Aires. Un día de

tantos, cansado del largo peregrinaje agobiado por el papeleo burocrático, viudo, solo, retornó a la «fértil provincia señalada». Pero aquí muy pocos lo recordaban, había perdido a sus grandes amigos de la juventud, no conocía a los escritores jóvenes, el ambiente le era extraño y hasta casi hostil.

—«Se me habían muerto todos», me contó más tarde. «Entonces, como quien ve una isla en mitad del océano, tomé el teléfono y llamé a la Sociedad de Escritores». Me tocó atenderlo y nos hicimos amigos de inmediato. Su nombre me era familiar, había leído «El hombre en la montaña» y una que otra crónica sagaz, hasta había seguido la campaña de Alone, postulando su nombre para el Premio Nacional de Literatura. Fue una larga conversación que despertó hacia él mi simpatía; preguntó por todos, con afectuoso interés, me habló de sus viajes y abrió, como al desgaire, la primera página de su riquísima experiencia con los grandes escritores peninsulares de la ya legendaria generación del 98.

Fue tal mi entusiasmo que lo invité para el día siguiente a conocer la Casa del Escritor. Tomaríamos juntos una taza de té y yo le iría presentando a los nuevos, lo que no fue necesario porque su sola presencia imponía silencio y respeto, para convertirse luego en cordial camaradería. En aquel primer encuentro personal habló de todo, con soltura y amenidad. Recordó la convivencia con sus amigos españoles, me trazó el retrato de Baroja, de Unamuno, de Juan Ramón Jiménez, de Azorín, para terminar con una anécdota chilena graciosísima:

Venía llegando de Valparaíso, adonde había viajado en compañía de Joaquín Edwards Bello y Diego Dublé Urrutia, a invitación de este último. Los tres eran amigos desde largo tiempo. Al saber Dublé Urrutia el regreso de don Edgardo, se apresuró a llamarlo y le propuso este viaje en compañía de Edwards Bello, el ilustre suicida. Se trataba de recordar los viejos tiempos, cambiar experiencias literarias, conversar de

amigos comunes desaparecidos. Era tal el deseo de comunicación que los conmovía que, recién instalados en el tren, comenzaron a hablar los tres al mismo tiempo. Entonces Edwards Bello propuso que él hablaría de Santiago a Llay-Llay, Dublé Urrutia lo haría de Llay-Llay a Valparaíso, y don Edgardo haría solo la charla del regreso. Hecho el trato de malas ganas, porque nadie se conformaba a callar, las emprendió Edwards Bello como en sus mejores tiempos, pero llegado a Llay-Llay se hizo el enfermo y manifestó su intención de regresar, dejando a sus interlocutores con un palmo de narices. Reanudado el viaje de los dos amigos restantes, se entusiasmó Dublé, el que habló más de una hora sin admitir interrupción. En Valparaíso almorzaron juntos y siguió la charla de Dublé, quien terminó por fatigarse, hasta tal punto que pidió su coche a Santiago y, regresó solo esa misma tarde. «Cómo yo no tenía con quién conversar de vuelta –agrega don Edgardo–, me desquité en Valparaíso y me quedé cerca de un mes, hablando hasta por los codos con él primero que se pusiera a tiro de palabra».

Nuestras charlas se repitieron de continuo. Al anoecer, se iba a la Sociedad de Escritores y nos poníamos a conversar «un vasito de pisco». Como vivimos en la misma calle, regresábamos lentamente, sorteando el paso de los automóviles que cruzaban, raudos, la avenida Vicuña Mackenna. El tramo es peligroso, lo que no constituía obstáculo para que don Edgardo, en mitad de la calle, me terminara de contar los amores ocultos de Pérez Galdós o la vida errante de Gómez Carrillo.

«Venía pensando –me dijo un día– qué nombre le pondrán después a nuestra calle, si el suyo o el mío». Estaba por agradecerle su cordial deferencia, tan desproporcionada, cuando agregó en el acto: «No se haga la más mínima ilusión, porque en esta calle construirán el nuevo mercado y ninguno de los dos tiene cara de lechuga». No termino de reír cuando don Edgardo ya está en otro tema:

Valle-Inclán perdió su brazo izquierdo en un incidente con Manolo Bueno, que no era tan bueno que digamos. Tenía don Ramón un carácter estoico, de imaginación exorbitante, muy dado a las discusiones violentas. Vivía en la calle Fernando de Rojas, donde yo solía pasarlo a buscar para acompañarlo a su curso de estética en la Academia de San Fernando. –Lo interrumpo para preguntarle la verdad sobre aquello del brazo–. «Hay varias versiones –dice–. Don Ramón contaba en México que había perdido su brazo en las selvas del Amazonas, un día que se extraviaron y en el que se habían agotado las provisiones. Se le acercó entonces un guía de servicio, a exponerle la dramática situación de desamparo. Don Ramón se acordó que era español, sacó el machete, se cortó el brazo y se lo pasó al guía para que dispusiera los condimentos. La verdad –agrega sonriendo– es que en cierta ocasión le dijo una impertinencia a Manolo Bueno, quien le dio un soberbio bastonazo en la muñeca, incrustándole en la piel sus finísimos gemelos. La herida se infestó, sin que don Ramón le diera la más mínima importancia. Hasta que vino la gangrena y tuvieron que cercenarle la siniestra.

Lo dice como cantando, con la más encantadora despreocupación, como si estuviese narrando un curso de flores. Otro día le pido me cuente algo acerca de su iniciación literaria:

Comencé estrenando a los 16 años un drama de corte socialista. Se titulaba «El chalaco», que es el mote despectivo con que se designa a los nacidos en el puerto de «El Callao». Eran los tiempos de la primera Sociedad de Autores, que contribuí a fundar en compañía de Carlos Cariola, Arturo Bührle, Víctor Domingo Silva. Mi debut se hizo en el Teatro Nacional –San Antonio esquina de Monjitas–, en cuya sala se estrenaron obras importantes de Rafael Maluenda, Manuel Magallanes Moure, Soto Aguilar, Aurelio Díaz Meza. Como yo era el benjamín de los dramaturgos, Carlos Mondaca propuso una broma para la noche del estreno, la que consistió en el regalo que me hicieron, en plena escena, de un simpático muñeco portador de esta inscripción: el Teatro Nacional a Bebé. La obra suscitó una polémica de prensa con un grupo socialista, que dirigía el pintor Benito Rebolledo y al que pertenecían connotados anarquistas, obreros, artesanos venidos de no sé dónde. Su presentación fue novedosa, creo que por primera vez se introdujeron al teatro chileno motivos de huelgas, conflictos generacionales entre padre e hijo, situaciones de reivindicación social. Arturo Bührle llevó la obra a provincias y la mantuvo

largo tiempo en cartelera, a pesar de que nadie la recuerda ahora. Si en alguna ocasión escribe acerca de mí –agrega–, no se olvide de corregir un detalle: nací el 1° de noviembre de 1893 y no el 88, como afirma Silva Castro. Cinco años de senectud, a estas alturas, me parece demasiado tiempo.

Luego me habla de algo inesperado, el compromiso del escritor:

Hay un compromiso ineludible, siempre lo hubo. Primero, el compromiso consigo mismo, luego el compromiso con su época y su pueblo, es decir, con los demás. Recuerde a los grandes escritores de todas las escuelas y de todos los tiempos. Allí tiene el compromiso del naturalismo social de Zola, acá está el compromiso emocional del cristianismo de Dickens, más allá está Tolstoi, apóstol de la paz. No hay escritor que no sienta el dolor humano, y el símbolo de este dolor seguirá siendo Dostoievsky, el que sintió con mayor hondura, con más intensa dramaticidad. La conciencia de este dolor forma parte de la lucha por la dignidad del escritor.

Cuando don Edgardo se lanza a hablar, se pierde por completo la noción del tiempo, van y vienen las anécdotas, los personajes cruzan la escena en la punta de los pies. Me cuenta que en 1913, en viaje a España como cónsul en Gerona, estrenó en el Teatro Nacional de Buenos Aires, «Siempre Caín», que ha pasado a ser «siempre caen» en manos de los biógrafos y enciclopedistas. Recién llegado a España, la Compañía de María Guerrero, con Rosario Pino y Francisco Morano, le estrenó su zarzuela «La oveja y el lobo». A su regreso, en 1919, fundó la revista *Atlántida*, de la que fuera secretario de redacción el poeta Ángel Cruchaga Santa María; allí colaboraron Daniel de la Vega y Martín Escobar. El novelista recuerda, con nostalgia, que un día mandó a Ángel a entrevistar al dueño de una barraca, con motivo de un conflicto maderero. El poeta volvió con quince carillas de una pomposa introducción filosófica, que necesariamente hubo de lanzar al canasto.

De los muchos encuentros, de las variadas conversaciones, van surgiendo recuerdos, personajes, historias de nunca acabar. En Europa, acompañó a Huidobro en su campaña de fundación del *creacionismo*. Visitó varias veces a D'Halmar en Madrid, en su calle de La Ballesta, en la misma casa que hoy ostenta una placa recordatoria por iniciativa de Carlos Sándor. Convivió largo tiempo con Edwards Bello, el bohemio de la calle de «El Gato» que se amanecía jugando en «La Parisiana», el pequeño casino del Paseo Rosales. Para salvaguardar las continuas pérdidas de don Joaquín, Garrido Merino le propuso que tomara un abono por sesenta comidas en el «Restaurante de la Tortuga». Con este sistema, por lo menos quedaría a salvo de la incertidumbre gastronómica. Don Joaquín aceptó, pero a los pocos días regresó triste, humilde, tímido. Y entre copa y copa, confesó que se había jugado el abono y lo había perdido. Otro bohemio estaba comiendo por él.

Una noche, de regreso de cierta conferencia, me habla de Santiago Rusiñol, el autor de *El místico*, pintor, humorista, hombre de fortuna, famoso coleccionista de vitrales y rejas antiguas. Rusiñol tenía una costumbre singular: una vez al año, en el restaurante «El arca de Noé», ofrecía un fastuoso banquete al que solo invitaba a los artistas y gentes de mundo que llevaran nombres o apellidos de animales o de pájaros. Allí iba Sergio Gavilán, Próspero Lobo, los Toro, los León, los Ilabaca, las Ardilla, las Águila, los Ossa, pero no podía ir don Edgardo, a pesar de su interés por conocer el desarrollo de la fiesta. Hasta que un día llamó a Rusiñol y le propuso la solución: «Para mañana ya puedes invitarme; iré en calidad de cordero, por aquello de Merino». Y al día siguiente fue, con el consiguiente agrado del invitante.

Anoche fue Año Nuevo y don Edgardo tuvo la gentileza de venir a saludarme. Estábamos tristes, como ocurre siempre en esta fecha presidida por las sombras ausentes, por los

fantasmas que fueron. Venía solo de paso, pues tenía invitados en su casa. Pero se fue a las siete de la mañana, una vez que se acabó el ponche, el vino y la cerveza. Lo único que no se acabó fue su alegría, su prestancia juvenil, el hilo fino e interminable de su charla. De su conversación de Año Nuevo podría surgir material para otros tantos retratos que alguna vez escribiré. Al despedirse, me dijo en un abrazo: «Hasta siempre». Es lo que ahora repito, al trazar el dibujo de su gesto. ¡Hasta siempre!